

Curiosa fotografía de fines del siglo pasado, que ofrece un aspecto de la Habana Colonial, ya desaparecida. Vemos, a la derecha, la famosa "maquinita", iniciando uno de sus viajes al Carmelo; al fondo, hacia la derecha, la fachada sur del Cuartel de Ingenieros junto a cuyas paredes fueron fusilados los ocho estudiantes de Medicina por los voluntarios españoles; a la izquierda, en primer término la fuente de Neptuno cuando estuvo allí emplazada y al fondo el edificio de la Cárcel.

VIEJAS COSTUMBRES CUBANAS

LA BARRIADA DEL VEDADO

LA primera Intervención Norteamericana nos trajo una arquitectura que la caracterizó una torre redonda rematada por un cono de madera y zinc, que invariablemente se pintaba de color rojo. Este estilo quería imitar al que estaba entonces de moda en los Estados Unidos, Saratoga y Long Branch, en sus casas que eran todas de madera y de reducido puntal. Y al reproducirlas nosotros en el Vedado, construidas de ladrillos repellados, con puntales apropiados a nuestro clima, la desfiguración fué tal que muy pronto se dieron cuenta los cubanos de que había que buscar otros rumbos para la arquitectura de nuestras viviendas.

Esas casas de ridícula arquitectura, fueron las primeras construcciones que se levantaron en la barriada del Vedado. Aun recuerdo una que le construyeron al Cor. Charles Aguirre en la calle 13 esquina a L, y que vendió después al librero José López Rodríguez, en cuya casa se privó éste de la vida, encontrándosele una mañana, ya cadáver, pendiente de una sogá. Este excéntrico hombre de negocios, creyéndose arruinado al sufrir un descalabro económico con la baja del azúcar, se privó de la vida, a pesar de contar todavía con algunos millones, que heredaron sus familiares. La casa fué después demolida, construyéndose por su hijo, en ese mismo solar, un rasca-

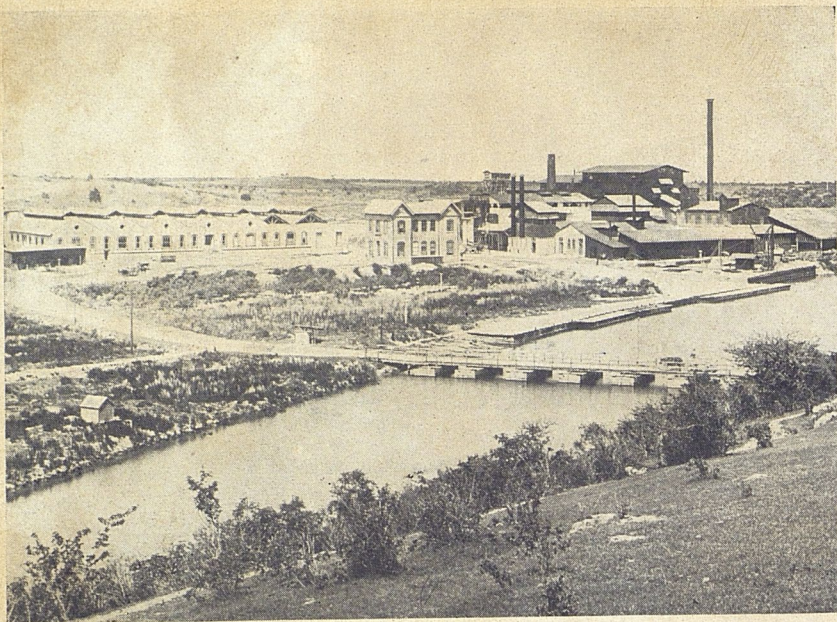
cielos de líneas modernas conocido por el nombre de *Edificio López Serrano*.

Después de estas construcciones invadió el Vedado otra plaga arquitectónica igualmente ridícula y detestable: la arquitectura catalana que estaba caracterizada por una serie de torturantes arabescos, incoherentemente combinados y peor proporcionados. Esta arquitectura de la que existen todavía en La Habana inñinidad de ejemplares, tuvo sus cultivadores en un grupo de constructores españoles, carentes todos de capacidad artística, porque en realidad, lo único que sabían y para lo único que servían era para asentar ladrillos. Por otra parte, como eran los catalanes los más avanzados e inquietos de la península progenitora, de allá nos vinieron los apóstoles del cimacio y del *Art Nouveau*, traducidos al catalán.

En la actualidad, pese al tiempo transcurrido y a la capacidad y buen gusto de que han dado muestras los arquitectos cubanos, existen propietarios que prefieren al *viejo maestro*, porque esos equivocados ricos, siguen creyendo que en el arte de construir, la práctica rudimentaria vale más que la capacidad técnica y artística que da la Universidad a quienes estudian allí la profesión de arquitecto.

Predominando aún la influencia catalana, se fundó la Escuela de Ingenieros y Arquitectos de

ASPECTOS
DE LA
HABANA
COLONIAL



Esta fotografía nos ofrece un aspecto de la fábrica de cemento "El Almendares", que estuvo situada en la margen izquierda del río, destacándose el puente flotante que el Gobernador Magoon sustituyó por el actual de piedra que vemos al final de la calle 23 del Vedado.



Residencia veraniega del Conde de Pozos Dulces, en el Vedado.



El "Paso de la Madama", por el río Almendares.

la Universidad y al llegar a La Habana en el año 1909 los jóvenes arquitectos cubanos, graduados en universidades europeas y americanas, se comenzaron a proyectar y construir en el Vedado edificios de líneas clásicas, que si bien dieron a La Habana un aspecto de exagerada sobriedad, ha sido, sin embargo, de gran trascendencia educacional para todos.

En 1921 el alza del azúcar permitió a los cubanos viajar en gran escala, y esto influyó, poderosamente, en las construcciones de esa época. El estilo Luis XVI predominaba en los interiores y exteriores, y de esa época se ven detalles en fachadas y rejas. En 1922 la cantidad de construcciones clásicas, con variantes de detalles Luis XVI y Florentino, es tal, que se buscan nuevos horizontes y los suple el cine con sus casas de California, en el estilo de las antiguas misiones españolas.

Y por primera vez nos sentimos arquitectónicamente en terreno firme.

En 1924 comenzó a cultivarse el estilo plateresco español, y a partir de ese momento, nuestra arquitectura fué mejorándose más y más. Luego nuestros arquitectos cultivaron el arte moderno, algunos con acierto y otros con lamentable mal gusto. Y, puede que se nos critique de retrogrado, pero confesamos sinceramente que no nos convence ese nuevo estilo, cuando es usado en construcciones pequeñas, aunque es evidente que resulta majestuoso y hasta bello, en construcciones como el Hospital de Maternidad, el edificio de departamentos López Serrano y otros más que embellecen esta Capital.



En la manzana limitada por las calle C, D, 11 y 13, se encuentra emplazada la que fuera residencia campestre del Sr. Francisco Frías y Jacott, Tercer Conde de Pozos Dulces y fundador del barrio del Vedado, siendo esta casa, primitivamente, el asiento de la finca Balzain o Vedado, de la propiedad del Conde.

Esta vieja casa marca un notable avance en cuanto al *comfort* de las viviendas campestres cubanas, pues a pesar de sus años y del maltrato de que ha sido objeto al dedicársele a *casa de vecindad*, conserva todavía la elegancia de sus líneas y hasta nos permite deducir por el número y situación de sus distintas piezas, como vivían los cubanos del siglo XIX.

En esta amplísima casona y en compañía, de su esposa, la señora Evelina Faurés, con quien contrajo matrimonio en el año 1837, residía el Conde de Pozos Dulces durante las temporadas que pasaba en Cuba, ya que habitualmente este ilustre patricio, nacido en La Habana, el 24 de septiembre del año 1809, residía en París.

Evelina Faurés, como afirma el Dr. Vidal Mo-

rales y Morales en una admirable biografía del Conde, escrita en el año 1887, *fué la cariñosa compañera de toda su vida, la que con ternura incomparable supo endulzar siempre las horas de tristeza que frecuentemente afligieron, mas no abatieron, el ánimo viril de este esclarecido cubano.*

En esta casa del Conde de Pozos Dulces, vivían normalmente su hermano José a quien él quería entrañablemente, su esposa la señora Josefa de Castro Palomino; su hermana, Rosario de Castro Palomino, viuda de Juan O'Farril; el abogado Gabriel de Castro Palomino, hermano de ambas, que estaba casado con la señora Leonarda Mendié y sus hijos Leonarda y Gabriel, habiendo este último contraído matrimonio con la señorita Margarita Sánchez Quirós, de cuya unión tuvieron tres hijos: Nena, Rafael y Sofía. Allá por los años 1887 al 88, cuando ya había fallecido don José de Frías, vivió en esa casa con su abuela Rosario, el Sr. Francisco O'Farril y Cáceres, que en aquellos tiempos cursaba el bachillerato en el Instituto de La Habana y que por residir con los suyos en el pueblo de San José de las Lajas, se le dificultaba asistir diariamente a las clases. A poco de graduado, abandonó aquella casa para contraer matrimonio con la señora Carmen Hernández Boffil.

La casa del Conde tenía gran amplitud y permitía por su distribución que se alojaran cómodamente y con relativa independencia, varias familias en ella. Este edificio se construyó en la gran explanada que existe al final de la loma. Fueron también emplazadas en esa explanada dos casas más, ocupadas por otros familiares del Conde, en una de las cuales habitaba el ingeniero José de Ocampo y en la otra el ingeniero Alberto de Castro que hizo el estudio para establecer la línea de tranvías de La Habana al Vedado. Además de todas estas casas, fueron allí construídos, un poco apartados de las mismas y en dirección a la calle 13, unos amplios barracones donde se alojaba a la servidumbre y a los esclavos de la familia Frías. La casa estaba rodeada de una magnífica arboleda, entre los que sobresalían pinos, almendros, dátiles y otros valiosos frutales.

La vida social que hacían los Frías allá por los años 1870 al 75, era absolutamente familiar. Nunca en aquella casa se ofrecieron grandes saraos, pues sus fiestas giraban dentro de un exclusivo círculo familiar y de amigos íntimos. Como Rosario, a pesar de haber perdido la vista, continuaba tocando admirablemente el piano y el arpa, y su hermano Gabriel era un gran violinista, se ofrecían allí deliciosas veladas de arte, en las que también tomaban parte las hermanas Rosario y Angelita O'Farrill, hijas del primer matrimonio de don José Ricardo O'Farrill y Castro Palomino con la señorita Josefa Rodríguez y Moreno y hermanas de don Francisco O'Farrill

y Cáceres, ya que don José Ricardo contrajo segundas nupcias con la señorita Dolores Cáceres.

Educabas ambas jóvenes en el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, Angelita tenía una bellísima voz de soprano, y Rosario era una gran pianista, siendo ambas unos de los grandes encantos de aquellas veladas. Concurrentes asiduos a aquella casa, fueron asimismo las personas siguientes: el comandante del Ejército Español y jefe del Castillo del Morro don Antonio Ojea y su señora esposa Angela de Cárdenas, que era también una gran pianista; la hermana de ésta, Josefa de Cárdenas y su esposo el Marqués de San Miguel de Bejucal; Joaquín Limendoux, administrador de la Caja de Ahorros que existió en la calle de O'Reilly esquina a Habana en compañía de su esposa; Eugenio Faurés y su señora María Yboleón Bosque; Carlos Amores, notario de gran renombre en aquella fecha; Manuel Cuero, acaudalado hacendado que residió muchos años con su familia en la calle de Baños esquina a 11 y otras pocas personas más.

Estas reuniones eran más frecuentes cuando el Conde se encontraba en La Habana, ya que éste, habitualmente, residía en París. De estas veladas surgieron los noviazgos de Rosario que contrajo matrimonio con el acaudalado caballero Eliseo Varela y Peón y que no tuvieron sucesión y el de Angela, que casó con el joven Gabriel Morales y Morales y tuvieron por hijos a José Gabriel, Miguel, Manuel ya fallecido y Caridad, esta última, una de las más lindas cubanas de su época, quien contrajo matrimonio con el marino español don Gabriel Castaño, ya fallecido.

El día 7 de febrero de 1868 falleció en aquella casa el hermano del Conde don José de Frías y Jacott, autor de un celebrado *Ensayo sobre la cría de ganados*, y fué como su hermano, profundo conocedor en cuestiones agrícolas y económicas.

Meses después, moría también en esa misma casa, Gabriel de Castro Palomino y más tarde sus hermanas Rosario y Josefa.

Una grave y alarmante recaída de la afección pulmonar que sufría el Conde, complicada por el estado de abatimiento en que quedara al ocurrir la muerte de su hermano, le decidió a buscar fuera de Cuba alivio físico y moral a sus dolores, y se trasladó a París acompañado, como era su costumbre, de Evelina, la fiel compañera que él tan entrañablemente quería. No habiendo logrado obtener mejoría en aquella ciudad, pensó que un clima más cálido, acaso pudiera ofrecérsela, y en 6 de octubre de 1876 se trasladó a Mentone, pueblo situado cerca de Niza.

Entristecido por sus penas y la nostalgia de la tierra que tanto amó, el Conde, semanas antes de morir, escribió a esta ciudad a su amigo don José Bruzón, una larga carta plena de tristeza y de emoción: "En donde te escribo estas líneas

hace rato que no penetra la luz a causa del tiempo frío y lluvioso. *Let me perish on the face of day*, decía Ajax increpando a los dioses. Yo no pido más que luz y calor para ser feliz. La vida se me va lejos de tu sol... ¡Oh Cuba de mis ensueños...!"

Y con la serena tranquilidad de los hombres buenos, el Conde de Pozos Dulces falleció en Passay a los 68 años de edad, el día 25 de octubre de 1877, a consecuencia de una fuerte hepato-miosis, originada por la afección pulmonar que padeciera, encontrándose a su lado y recogiendo amorosamente su último aliento, su excelente compañera Evelina Faurés y su entrañable amigo de toda la vida José Valdés Fauly.

El cadáver del Conde fué embalsamado por el Dr. José Francisco Ruz y descansa en París, en el Cementerio de Montmartre, en una bóveda de la familia de M. Alexandre Le Bienvenu, hasta que, en cumplimiento de sus deseos, decidan sus paisanos los cubanos, devolverlo a la tierra que tanto amó...

En la calle de Línea esquina a D en el mismo solar donde está enclavado hoy el *Edificio Montes* existía una casa de antigua construcción, que habitó con su esposa el Conde de Pozos Dulces, en los últimos tiempos de su estancia en Cuba, antes de morir lejos de su tierra.

Cercano a este lugar, en la parcelita que forman las calles 11, Línea, E y F, donde construyera don Ramón Argüelles una gran residencia, tenía establecido el Conde un campo de experimentación, donde pasaba largas horas del día, haciendo estudios sobre distintas plantas que cuidadosamente cultivaba.

Frente a esta parcela, en la calle E y 11, construyó el Sr. Felipe Ruiz (El Maicero), una amplia casa que ocupó largos años con su familia. Esta casa, pasó después a ser propiedad del ingeniero Francisco Paradela, administrador de los Ferrocarriles Unidos de La Habana, perteneciendo en la actualidad al ingeniero Eduardo Gastón y Rosell, que la ocupa con su familia. La casa contigua, construida también en esa fecha por Ruiz, pertenece hoy a la familia Etchegoyen que la ocupa.

En la calle Línea entre C y D, frente a la Parroquia y en el mismo solar donde levantó después su magnífica residencia la familia Pedro, vivía con su señora e hijos el Sr. Eugenio Faurés, que era empleado del Conde de Pozos Dulces para la administración de la finca *El Vedado* y más tarde el Reparto residencial de ese mismo nombre.

En Línea y D, acera de los nones y en el mismo solar donde el Sr. Francisco Bartés acaba de levantar un lujoso palacete, residía con su familia, en una casa de antigua construcción, el abogado Lcdo. Carlos Amores, que era uno de los más distinguidos notarios de entonces.



Junto a esta casa, en una especie de kiosco de pobre construcción, existía una venta de refrescos de la época, que saben nuestros lectores eran la zambumbia, el agua de loja, la cebada y la horchata. Esta venta se conocía por el *Kiosko de don Salvador*, que era un viejo isleño servicial y afable con sus parroquianos.

En este lugar, se guarecían de la inclemencia del tiempo, las personas que diariamente utilizaban la maquineta del Vedado para sus viajes a La Habana.



En la calle de Línea esquina a B, construyó una amplia residencia de dos plantas el Dr. Antonio González Curquejo, uno de los fundadores del Vedado.



En la calle Línea entre D y Baños, el Sr. Cosme Blanco Herrera construyó una magnífica residencia que pese al tiempo que tiene de edificada, resulta una de las bellas residencias del Vedado.



En la calle Calzada esquina a D en el mismo solar donde se levantó hace algunos años el *Teatro Auditorium*, existía una casa que se conocía con el nombre de *El castillito* y que construyó el Sr. Leandro de la Torriente, padre del coronel del Ejército Libertador, ilustre abogado y eminente diplomático Dr. Cosme de la Torriente y del ex coronel del Ejército Cubano Leandro de la Torriente.



En la calle Tercera esquina a Baños, acera derecha, entre Baños y D, construyó el Sr. Joaquín Limendux su residencia. Este edificio, pasó luego a ser propiedad del Dr. Manuel F. Supervielle y en la actualidad pertenece al Dr. Arturo Ojeda, famoso médico, especialista de las enfermedades de la garganta.



Una de las primeras construcciones de la barriada del Carmelo fué la que construyera en la calle Calzada 116 (antiguo) el Sr. Ricardo Nar-

ganes, administrador de la entonces Compañía de Gas de La Habana.

En la calle de Calzada esquina 8, residía con su familia el Sr. Ricardo Martínez, padre de los arquitectos José Ricardo y Rodolfo Martínez y del conocido médico Rolando Martínez.

En la calle Línea entre 6 y 8 vivía con su familia el Sr. Luis Pesant.

En la calle Calzada entre Paseo y 2, existía la botica del doctor Bueno, acaso la más antigua del Vedado.

En la calle Paseo entre Calzada y Quinta, residía el Sr. Manuel Carranza, propietario de la abaniquería *La Especial*, que estuvo establecida en la última caudra de la calle del Obispo. Carranza era uno de los más entusiastas vecinos del Vedado. Frente a su residencia, existía un bonito parque construido por él, donde se reunían frecuentemente las primeras familias que residían en esa barriada, celebrándose allí audiciones musicales, carreras de bicicletas y de patines y otros entretenimientos de los que muchas veces disfrutamos nosotros y que distraían a la juventud de entonces.



En la calle D esquina a la calle Quinta, frente al Parque Gonzalo de Quesada en el edificio donde se encuentra hoy instalado el *Colegio de las Dominicanas Americanas*, residió con su familia el Generalísimo de nuestra Guerra de Independencia Máximo Gómez Báez, falleciendo en esa casa el día 17 de junio de 1905.



En la calle de Baños entre Tercera y Quinta residía un joven francés nombrado Arturo de Beón, que se sentía atraído por todo cuanto fuera peligroso, y al efecto, se empeñó en volar en globo con un aeronauta cubano de apellido Granados, que en aquella época hacía los domingos, en horas de la tarde, incursiones aéreas en un enorme globo.

De Beón voló una tarde con Granados y cuando el globo estaba suficientemente elevado, se lanzó al aire con el paracaídas, cayendo sobre una siembra de papas que existía en una finca que estaba situada en Infanta y Ayestarán, causándole grandes destrozos y sufriendo él algunas lesiones.



En la calle Línea esquina a C, acera de los nones, vivió algún tiempo con su familia el famoso médico Dr. José L. Yarini y unas cuerdas más hacia el Carmelo, en la calle Línea y 6, residía en aquella época su hermano Cirilo Yarini, que fué de los más famosos dentistas de la época.

Uno de los fundadores del Vedado el Sr. Cristóbal Noriega, construyó su residencia particular en la calle Tercera esquina a C y en ella ha vivido con su familia desde hace más de cincuenta años.

Otro de los fundadores de esta barriada lo fué el señor José Novo, que vivía con su familia en la esquina de Baños y Tercera. Y cuando se fundaron por don Ramón Miguel los baños El Progreso, y las familias habaneras concurrían a pasar allí temporadas de verano, este acaudalado propietario hizo construir en la calle Tercera entre las de B y C una serie de pequeñas casas de madera, que aún se conservan en bastante buen estado.

Junto al actual *Edificio Monjes* existe una casa de antigua construcción, que fué construída por el hacendado cubano Carlos Mazorra para habitarla, al contraer matrimonio con la señorita Carolina Romero.

Mazorra era dueño del ingenio *Rosario*, que más tarde vendió al Sr. Ramón Pelayo, y éste al conocido magnate azucarero de nacionalidad norteamericana Mr. Hershey, propietario también del gran central de ese nombre.

En Línea y Baños, construyó también una gran residencia el Sr. Pedro Morales Santa Cruz y en ella residió largos años en compañía de su esposa la Sra. Gloria Perdomo. Esta casa fué después adquirida por don Carlos Zaldo y en ella vivió con los suyos hasta su fallecimiento hace un año.

En la diagonal de esta esquina, construyó también una gran residencia el Sr. Juan Corujo, fundador de los *Baños Las Playas*, situados en D y Mar, viviendo en ella algunos años en compañía de su esposa e hijos.

En la calle Línea esquina D donde existe hoy un laboratorio de especialidades farmacéuticas residió durante algunos años la familia Goizueta.

Otra de las primeras personas que vivieron en esa barriada fué el comerciante en víveres señor José Pi que estaba establecido en la calle Calzada esquina a Baños y poseía otras propiedades más cercanas a esa casa.

Los carritos urbanos, en los primeros tiempos

de establecido ese servicio entre el Carmelo y La Habana, estaban tirados por fuerza animal y al igual que los del Cerro, Jesús del Monte y el Príncipe llevaban tres caballos, dos que se les llamaba los troncos y uno delante que era el guía.

Poco tiempo después se estableció la maquina que estuvo funcionando ininterrumpidamente, hasta que se implantó el servicio movido por fuerza eléctrica.

Unas de las obras de mejoramiento urbano realizadas en el Vedado durante los primeros meses de la primera intervención americana, fué, sin duda alguna, la construcción magnífico puente de piedra situado al final de la calle 23 y que une al Vedado con el vecino pueblo de Marianao, contribuyendo desde luego al engrandecimiento del pueblo de este último lugar y al notable crecimiento que tuvo por allí el Vedado al quedar terminadas las obras.

En aquellos lejanos días, una compañía francesa estableció la fábrica de cemento nombrada "El Almendares" en la margen izquierda del río, junto al actual puente de piedra, figurando en la compañía, como uno de sus principales accionistas don Federico Kolhy, que era a la vez propietario de grandes extensiones de terrenos situados en aquellas cercanías. En los últimos tiempos de esa Compañía, el conocido librero José López Rodríguez, fué también uno de sus principales accionistas.

El cemento que se fabricaba era traído a La Habana utilizándose el puente flotante de bongo, construído en tiempos del general Wood. Como el nivel de ese puente, era mucho más bajo que el de la calle, se utilizaban varias yuntas de bueyes para ayudar a los mulos que tiraban del carretón, llevándolos en esa forma hasta un camino llano que viene a ser la actual calle de 25 en el Reparto Kolhy.

Como las grandes crecientes del río lograban romper las sogas de ese puente flotante, se decidió soltar las sogas del uno de los extremos cuando se produjera una crecida del río y entonces, el puente giraba hacia una de sus márgenes sin originar grandes desperfectos.

Durante la segunda intervención norteamericana capitaneada por el abogado Mr. Charles E. Magoon, de triste recuerdo para los cubanos, por su anárquica administración, pues entre otros de los desaciertos de su mando, puede señalarse que permitió la colocación de postes para sostener el tendido aéreo de alta tensión, con grave riesgo para la vida de los vecinos, cuando debió exigirse su soterramiento.

En los finales de su gobierno, decidió sustituir el puente de bongo, por otro de piedra, haciendo

venir de los Estados a un grupo de ingenieros para que hiciera el proyecto, y cuando ya este estuvo terminado, dispuso en el mes de marzo de 1908 sin la previa subasta, que se adjudicaran las obras a una casa comercial americana-española establecida en la calle del Obispo, que giraba con el nombre de Champion-Pascual.

Cuando ese mismo año, el Presidente Teodoro Roosevelt resolvió entregar de nuevo el Gobierno del país a los cubanos, se nombró una Comisión Consultiva que estuvo presidida por el general Enoch Crowder, que era Secretario de Justicia en el Gabinete del Gobernador Magoon, y de la que formaron parte como vocales los Dres. Alfredo Zayas, Miguel Viondi, Felipe González Sarrainz, Rafael Montoro, Francisco Carrera Jústiz y dos abogados norteamericano como asesores del general Crowder.

Esta Comisión, sustituyó en sus funciones al Congreso, y hasta tenía funciones ejecutivas, recibiendo instrucciones para redactar una Ley Electoral y una Ley del Servicio Civil, pues Mr. Crowder entendía que los empleados públicos debían de estar debidamente garantizados en sus cargos. Esta Comisión convocó a elecciones parciales para elegir Gobernadores y Alcaldes, celebrándose los comicios el día 1 de septiembre del año 1908.

En estas elecciones, resultaron electos el doctor Julio de Cárdenas para la Alcaldía de La Habana y el general Ernesto Asbert para el cargo de Gobernador. Este último, al saberse electo, visitó al Gobernador Magoon, señalándole las dificultades conómicas del Gobierno de la Provincia e informándole que a su juicio, ese organismo no podría cumplir debidamente con los contratos de Champion y Pascual, decidiendo entonces Mr. Magoon, que se redactara un decreto en que disponía, que de las recaudaciones diarias de la Aduana de La Habana, se destinara una determinada cantidad, hasta dejar cubierto el importe de lo pactado con la firma constructora del puente.

Pero, bien fuera porque los ingenieros americanos antes de estudiar el proyecto no hicieron suficiente número de calas para conocer la naturaleza del terreno o por anomalías del mismo, lo cierto fué que los pilotes que se clavaban penetraban rápidamente, uno tras otro, sin ofrecer el terreno la debida resistencia, decidiéndose entonces llamar de nuevo a esos ingenieros, pues en la margen derecha del río se habían ya clavado infinidad de pilotes y cada vez el terreno ofrecía menos resistencia. Esos ingenieros comprobaron que sería inútil clavar otros más, y entonces decidieron hacer la cimentación con grandes placas de cemento, reforzada con acero, pudiéndose de ese modo terminar las obras.

La construcción de este puente, fué entonces una obra arriesgada, pues resultaba el primer

puente que se construía en el mundo sin punto de apoyo intermedio. Estuvo al frente de los trabajos por el Gobierno de la Provincia el ingeniero Sr. Eduardo Tella. Cuando las obras del puente estaban al terminarse, la H.E.R.Co., gestionó y obtuvo del Gobierno de la Provincia, que se le permitiera construir una doble vía para llevar el servicio de tranvías hasta el pueblo de Marianao, comprometiéndose, en cambio, a mantener el servicio diario, aportar los faroles para alumbrar el puente y costear siempre el fluido eléctrico, así como también el mantenimiento del pavimento por ese lugar.

No existía entonces la calle 23, ni mucho menos existían por allí residencias familiares. La única casa que allí podía verse era la residencia solariega de los Medina que estuvo situada, hasta hace pocos meses, retirada hacia atrás, en un solar situado en la acera de los pares de la calle 23, entre G y H, precisamente al frente del *Cine Riviera*. Esa casa fué demolida y en el terreno que ocupaba se construyó un edificio de departamentos de varios pisos, que tiene entradas por la calle 23 y la de G.

Medina, que dió nombre a esa barriada, era un viejo nacido en las Islas Canarias, que poseía grandes extensiones de terreno y era el contratista que servía al Gobierno español toda la piedra que se empleaba en la pavimentación de La Habana y también a particulares para las construcciones residenciales y comerciales.

En Paseo y 23 existía una gran furnia y la Havana Electric Railway Co. tuvo necesidad de construir un gran terraplén para colocar las paralelas del tranvía eléctrico. Posteriormente, esta furnia fué rellenada, como otras más de la propia calle 23.

En aquellos primeros días de la Intervención Americana, la única comunicación que existía entre Marianao y La Habana era por el Cerro, Puentes Grandes, Ceiba, Quemados y Marianao y el servicio era muy deficiente y pobre, pues sólo se había establecido un servicio de ómnibus, tirados por caballos, uno cada hora. También podía irse a Marianao utilizando el ferrocarril que tenía su Estación Terminal en la Calzada de Carlos III, frente al *Jardín El Fénix*. Cuando la Primera Intervención Americana, se hizo un túnel por debajo de la Calzada de Carlos III y se prolongaron las paralelas por la calle de Zanja, hasta la esquina de Galiano, donde estaba el terminal.

Hace pocos meses fueron retirados los raíles de la doble vía que existía en la calle de Zanja, en vista de que el público no utilizaba ya este servicio.

(En el próximo número daremos fin a estos trabajos sobre la fundación del Vedado.)

Luis Bay Sevilla